

## ESPINARDO Y LOS ARTISTAS

**L**A Geografía sabrosa del mundo está moteada por los puntos rojos del pimentón de Espinardo. Ciertas excelencias de las ñoras trituradas escaparon al exigente y enterado paladar de Julio Camba, pero no al sabio entendimiento culinario de Dionisio Pérez, ese mago de la buena cocina española, regional y hogareña, que hace filigranas de estimulantes gástricos con el ajo, el vinagre y el pimentón.

No queremos ahora elogiar de nuevo las virtudes agrícolas e industriales de este pueblo encantador, luminoso y limpio. Virtudes magníficas debidas a sus esfuerzos constantes y a su delicado sentido olfatorio. ¿Por qué no hemos de añadir a los olores paradisíacos del tabaco de Cuba, el café del Brasil, la canela de Ceilán y los vinos de Jerez el extraordinario y embriagador del pimiento molido de Espinardo?

Dejemos este apetitoso tema para los interesados directamente por la economía espinardera. Nosotros, ahora, sólo vamos a referirnos a Espinardo desde el punto de vista del arte, los artistas, la vida que circunda el caserío, el paisaje y la gracia constante de su bullir.

Los que vamos logrando los años necesarios para hablar de ciertas cosas en pasado algo remoto, recordamos al poeta Paco Frutos Rodríguez en su casa del camino de Espinardo, después de la Fábrica de la Seda y poco antes del Huerto de las Bombas. La frondosidad de los álamos hacía apaciguadora la sombra proyectada. Ningún poeta ha hablado con tan eminente entusiasmo de Espinardo, de su historia y sus gentes y del perfume de los jazmines inmensos. La casa era un pequeño museo murciano, recogido y añorante, y el huertécico, muy verde y bien regado, el remanso de paz huertana que su espíritu soñaba. ¡Qué bien sabían las crillas asadas comidas a la espalda de esta casa humilde, en pleno estío, cuando el sol se ocultaba y la brisa del atardecer hacía rumorear a los panizos! El camino era entonces silencioso, y los ladridos de los perros llegaban a



nosotros amortiguados por la distancia. Con acentos de amor entrañable salían los poemas de este gran poeta huertano.

Más arriba, antes de llegar al «Recreative Sport», torciendo a la izquierda, por la Senda de Granada, se llega a la casa de Pepe Planes, el genio escultor más huertano del mundo, orgulloso de su estirpe, siempre al pie de la higuera umbría y en contemplación sentimental de los tinajeros que hay a la entrada, y las lejas con los botijos y jarras, copas de cristal nítido con pellizcos graciosos, fuentes de colorines ingenuos con motivos de pájaros y frutas. ¡Cuántos proyectos de anhelos artísticos, de elevación apasionada, de emociones triunfales! La madre y la esposa de nuestro escultor hicieron siempre para nosotros, con fuego de romero y tomillo, el mejor arroz con pollo que se ha comido en el pueblo, desde las Barracas hasta la romántica heredad del marquesado de Peñacerrada. Sobre un arca antigua, y bajo un cobertor lorquino, las rosas rojas y blancas que Lola colocaba con delicada elegancia, y encima de una silla tosca de morera, tan típica, confundido todo, la primera edición de *Fuenteovejuna*, de Lope, fotos de sus primeras obras y el grabado de la Catedral murciana que Perico Flores compró en París por el año 1925.

Espinardo dió abrigo a pasiones amorosas juveniles y a empresas de ambiciones artísticas. Luis Garay, pintor de talento vivaz, rondó largo tiempo por el pueblo, y allí se casó con una espinardera guapa de pura ascendencia. Sobre los lienzos de Garay quedaron fijados el lirismo colorista de matizados verdes. Nada como la suave altitud de Espinardo para recoger toda la belleza y magnitud del paisaje murciano. En el minúsculo cementerio del pueblo está enterrado el primer nieto del pintor, leve y dolorida ofrenda, como un holocausto, que la hija del artista hacía en penoso homenaje a la tierra de su madre y al pueblecito risueño que dió cobijo al noviazgo de su padre.

Bajo la luz fuerte y cegadora de agosto, Antonio Garrigós Giner, alias el Miceno, Auroro Mayor de Murcia, ex concejal y amigo de los jardines, con bigotes de 1914 y mirada negra de escarabajo acerado, recrea sus fantasías de barro conocido por nombres de excepcional e interesante cursilería: es el tiempo de los «Bellos Oficios de Levante», de la Editorial Levante, de Cegarra Salcedo, de la revista «Sudeste», de Raimundo de los Reyes y Pepe Ballester. El Miceno nació un poco en cada sitio, como D. Roque López. Espinardo, Santomera, Nonduermas, Puente Tocinos y Monteagudo se lo disputaron; pero fue Espinardo la tierra que le dió mujer y de donde salieron esas delicadas terracotas policromadas que, al invadir el variado mundo del arte popular, estuvieron casi a punto de arrebatarle al pimentón la hegemonía prestigiosa.

Los hermanos Antonio y Victorio Nicolás, aunque nacidos en Churra, fueron bautizados en Espinardo. Las pinturas de ambos, jugosas y rebosantes de cornijales, acequias y palmeras, son en el arte plástico regional lo que *Vida Huertana*, de Luis Orts, y *Las Caracolas*, de Jara Carrillo,



para la literatura de raigambre panocha. Sobre estos escenarios móviles de veredas y grillos, gotear de partidores y coplas de madrugada, cuando las tandas refrescan las noches de junio y los ruseñores cantan en la misma línea frontera del secano y el regadío, Antonio y Victorio expresaron con los colores de sus óleos y acuarelas toda el alma sensible y enternecedora de la huerta.

Un caminar de pasos adolescentes conducen por la carretera a Joaquín, el pintor. Es media tarde y la luz todavía se mantiene firme. Ha salido nuestro joven de la Fábrica Pequeña de la Seda, donde ha transcurrido su niñez entre los sacos llenos de dorados «capillos». El cultivo y la contemplación de la seda en bruto hace más fino el entendimiento artístico. Por eso Joaquín ha sido siempre un admirable crítico. Pedro Flores, el pintor triunfante en París, oriundo de Espinardo, con cara de mono y la clásica manta espinardera sobre los hombros, se le une frente a lo que hoy es «Villa Carmen», la finca del verdor y de la abundancia frutal que fue de Pedro Lorca, el «perráneo» honrrario por antonomasia. Al llegar a la esquina de Peñalver, Planes y su primo Nicolás se les juntan. Nicolás Rex es la salsa picante del romance panocho, a quien siempre nos lo figuramos vistiendo zaragüelles, calzando esparteñas y cubriéndose con el calañé de primorosas alas. Rex cultiva con donosura y salero el romance nuestro, y la vida del poeta se alimenta de los entusiasmos que acumula para todo el año durante la organización del Bando de la Huerta. Lo mismo que Joaquín se recrea con el Entierro de la Sardina y Garay engorda pegando flores con greda en las carrozas para la Batalla, Nicolás anda más deprisa, como su primo José Planés, cuando la alborada del Bando deja sentir el regocijo de su proximidad. Los cuatro amigos se sientan frente al palacio de los Braco, y Joaquín toma un apunte rápido de la reja cuya belleza singular, adormecida por los besos de las aguas cercanas, desapareció un lejano día, robándole a Espinardo en su entrada una fisonomía encantadora de siglos pretéritos. Sueños de culteranismo, poesía humanística, merendotas y paseos tradicionales, clasicismo. Desde Espinardo alientan los pensamientos de Polo de Medina y de Cascales que sueñan con Oxford o la Sorbona, y desde Flandes o Munich vienen a Murcia, pasando por el pueblo reseco, como lo hizo la Madre Fundadora Sor María Angela Astorch, los caprichos y regustos sentimentales del político Saavedra Fajardo, ahora reducidos a un dulce y amarillo níspero murciano, apetecido por su nostalgia. Las patatas cocidas y el vino de Jumilla esperan en casa del Miceno. Hay que darse prisa.

Espinardo ha sido blando y dulce cobijo para dos poetas ilustres españoles: Carmen Conde y su marido Antonio Oliver. Amable refugio creador de soledad y silencio, Loas y odas y décimas salieron de Espinardo tan henchidas de entusiasmos esperanzadores como de melancolía. El paisaje áspero del cementerio de Murcia, las lomas con las manchas rojas secándose al sol, la tierra parda a veces partida por el humo del tren,



quedaron en los versos de este poeta tierno y doliente y en la prosa recia de la escritora de vigoroso y auténtico talento. La novelista Carmen Conde y el actual profesor Antonio Oliver, desde sus campos de intelectual agitación, evocan dulcemente la serenidad del paisaje familiar y el consuelo de los amigos.

Sobre un pedestal de inteligentes y arriesgadas concepciones, el benjamín Hernández Carpe pinta orientada su mirada en el futuro y en la posteridad. Ojalá acertemos ahora nosotros como André Salmon acertó a predecir el genio de Picasso, Derain, Max Jacob y Pedro Flores. Creemos que Hernández Carpe posee para triunfar el talento seguro, dinamismo sensible y moderno y el sentido practicista de los pimentoneros paisanos suyos. No hay fracaso con tal genial clarividencia. Que las exquisiteces de su pintura las exalten quienes tengan el paladar acostumbrado a ese viejo plato de la cocina española que reúne, en un plano de abstracción y vitaminas, la naranja, el bacalao y el pimentón. Nos referimos a una receta del siglo XVII, muy famosa, no probada todavía por nosotros.

Espinardo, que preside todo un cielo de hermosura y que tiene un nombre digno del juego poético de D. Luis de Góngora, ha abierto siempre su corazón generosamente a todos sus hijos y a todos los artistas. Comprende y empuja suave, con altruismo.

(1955)

